

XIII

NOCHE DE INVIERNO

En el momento en que Jorge iba á atravesar la puerta del saloncito, se encontró frente á frente de la marquesa y del vizconde Enrique.

La marquesa decia:

—Cómo! cómo, primo mio! quereis que os presente á ese M. Leslie? seguramente no habeis pensado en lo que me pedís! es un pobre jóven que solicita un empleo.... Cambiaré la cosa si me lo permitís, y os lo presentaré á vos. Hé aquí justamente á M. de Leslie! interrumpió la marquesa.

—Y bien! M. de Leslie, el general acaba de hablarme de vos.... teneis en él un de-

cidido protector.... Y ciertamente, con vuestro talento y lo que habeis adquirido en vuestros viajes, lograréis un buen empleo en Paris.... Enrique, os presento á M. Jorge Leslie recomendándooslo muy particularmente.

El vizconde respondió:

—Estoy muy satisfecho del conocimiento de M. Jorge Leslie.

La marquesa los dejó para ir á reunirse en el invernáculo con el resto de la concurrencia.

Enrique y Jorge permanecieron el uno enfrente del otro.

Enrique habló primero:

—Esperaríais que yo os buscara, dijo con cierto embarazo como si estudiase las palabras que proferia.

—Lo esperaba, en efecto, replicó Jorge:

Enrique alargó su mano que Jorge tomó sin dificultad.

—No teneis nada que decirme? continuó el vizconde despues de un momento de silencio en que su mirada habia procurado en vano interrogar.

Nada, contestó Jorge.

Y sin embargo, añadió:

—Cuando yo tengo que hablar, me gusta estar con toda libertad.

El vizconde le apretó la mano, y le dijo:

—Os comprendo. . . . saldremos juntos.

—No, replicó Jorge, yo no puedo salir con vos.

Enrique le dirigió una mirada de sorpresa y desconfianza.

Rehusaríais también salir en mi coche? le preguntó.

—Gusto mas andar á pié en este tiempo frio respondió Leslie. Cómo se llama ese puente que está aquí cerca, delante del antiguo palacio del rey?

—El Puente Real.

Jorge consultó su reloj.

—Dentro de media hora os aguardo, si gustais, en el Puente Real.

—Está bien, contestó el vizconde, dentro de media hora.

Se separaron en seguida. Jorge apretó la mano del viejo general, quien le preguntó:

—Estais contento?

—Dentro de una hora lo sabremos, respondió Jorge.

Jorge se dirigió al guarda-ropa, tomó su capó y salió.

En el boulevard de Orsay el hombre que hemos visto agazapado en el hueco de una puerta de la pared del jardin Boistrudant, permanecía aún en el mismo lugar. Tenia la cabeza entre sus manos y estaba enteramente inmóvil.

El cuerpo de guardia de la calle de Bellechane estaba cerca de allí, y muchas rondas habian pasado por aquel lugar. Nadie habia reparado en aquel hombre, cuyo vestido gris se confundia con el color oscuro de las paredes.

Por el frio que hacia se hubiera creido que el pobre diablo se hallaba adormecido y helado en su nicho.

Algunos minutos despues que Jorge Leslie abandonó el salon de la marquesa, se escuchó una rápida pisada sobre la nieve del lado de la calle de Bellechane. Un hombre embozado en una capa destorcio por la esquina del cuerpo de guardia atravesando el malecon y dirigiéndose en seguida á la plaza de la Concordia.

El individuo agazapado en la puerta del

jardin de Boistrudan, no estaba ni adormecido ni helado, porque hizo un movimiento de cabeza al sentir el ruido sordo de las pisadas sobre la nieve.

Separó un poco la cubierta de su cabeza que caía sobre su oreja, y se puso á escuchar atentamente.

El hombre de la capa iba á pasar cerca de él sin verlo, cuando se oyó un ruido ronco y gutural que salía de su pecho.

El hombre de la capa se detuvo.

—Estas ahí, dijo; ven conmigo, ya es tiempo.

El otro se enderezó al momento como un resorte.

Era un hombre de talla elevada, derecho como un número 1; su cobertor flotaba á su alrededor bajando hasta los talones.

Cuando echó á andar no se escuchó ningún ruido.

El hombre de la capa y él, se dirigieron á la calle de Bellechane. Cuando pasaron delante del centinela del cuerpo de guardia, éste se detuvo para contemplar á nuestro pobre diablo.

—Héte aquí levantado muy temprano peduino! dijo entre dientes.

No le repondieron; pero en este momento una ráfaga de viento, levantando su cobertor, lo hizo ondular hácia atrás.

El centinela, exclamó:

—Vaya un ciudadano bribon, siempre el mismo!.... con los piés descalzos sobre la nieve y la cara pintada de rojo; qué ya estaremos en carnaval?

En la calle de Lille, frente al portal del hotel de Boistrudan, una larga hilera de carruajes se hallaba allí estacionada.

El hombre del cobertor se plantó en pié en medio de la calle, y permaneció inmóvil.

Su compañero atravesó la calle. Se colocó en el ángulo de la puerta cochera, situada en frente del hotel Boistrudan.

Antes de separarse del hombre del cobertor, el de la capa habia dicho:

Estás bien seguro de reconocerle?

—Towah reconoceria á Lengua-Dorada entre mil! replicó el hombre del cobertor.

—Cuando él aparezca en la puerta, yo silbaré.... míralo bien.

Algunos de los cocheros que no se habían dormido en sus asientos, notaron á este singular personaje, embozado como un fantasma y derecho como una pica, en la nieve color de ceniza que salpicaba la calle.

En Paris todas las costumbres son buenas para estos gitanos que andan al derredor de los ricos afortunados, como el gorrion franco salta y da vueltas en las cabañas campestres.

Se le toma por un leñador, oficio del artista libre, y que forma parte de esta porcion de la escala social que desciende bajo de cero.

Hacia un frio agudo y penetrante, acompañado de un vientecillo desagradable de Nordeste, que parecia cortar el rostro.

Cuando los cocheros despertaban, sacudían fuertemente los brazos hasta donde se los permitian sus fuerzas, para restablecer la circulacion de la sangre. Towah era insensible al frio. Era una estatua.

El viento del Nordeste trajo el sonido del reloj de las Tullerías, que daba las cuatro de la mañana.

Un movimiento se notó entónces en el

interior del hotel, cuya puerta se abrió de par en par.

Los carruajes entraron. Bajo el peristilo la voz ruidosa de los lacayos fué nombrando los diferentes nombres de los nobles convidados de la marquesa.

Towah se deslizó entre dos carruajes y hasta el pié de la grande escalinata. El vizconde bajaba. Cuando percibió repentinamente en su presencia los ardientes ojos del Panie que brillaban bajo su capucha, el vizconde retrocedió como si alguno le hubiera herido el rostro.

Sus párpados se cerraron á su pesar y sintió desvanecerse su cabeza.

Cuando abrió los ojos, porque se figuró que era juguete de una ilusion, la fantasma habia desaparecido.

Enrique subió en su coche y dijo al cochero:

—Al Puente Real!

El hombre del cobertor se habia unido á su compañero al otro lado de la calle.

—Es él!

El cuarto de las cuatro sonaba en el reloj pabellon del Reloj.

Un elegante carruaje tirado por dos magníficos caballos negros, se detuvo en medio del Puente Real: la portezuela se abrió: un hombre se apeó de él, llevaba un vestido de baile debajo de un sobretodo forrado de pieles.

Los caballos jadeantes, golpeaban la nieve con sus herrados cascos.

El carruaje volvió á Paris solo.

Dos ó tres coches que venian tambien del hotel Boistrudan, atravesaron sobre el puente sin ruido, como si rodaran sobre un tapiz de paja que los afortunados de este mundo estienden delante de sus puertas precisamente en la hora en que el nivel de la muerte pasa sobre todo lo que les hacia sobresalir de entre la multitud.

Suprema y triste ventaja del rico sobre el pobre: el primero tiene comprado el silencio al derredor de su lecho funerario; y el otro muere gratis y como puede.

La justicia de Dios los aguarda á los dos, y solo tiene una balanza. . . .

Cuando el último coche hubo pasado el puente, recobró ese extraño silencio que rei-

na en la noche parisiense, desde las dos hasta las cinco de la mañana.

No se escucha ni aun el andar de los centinelas de las Tullerías, cuyo paso se ahoga en la nieve: no se oía nada, sino ese ruido sordo que del rio que en su curso arrastra enormes carambanos de nieve.

El vizconde se dirigió al embanquetado occidental del puente.

Su paso era vacilante como el de un ebrio.

Se recostó contra el parapeto, no para ver el rio, sino buscando apoyo.

Era una noche clara; el Sena corría magistrosamente por sus islotes flotantes, todos cubiertos de nieve. La línea prolongada de muelles aparecía á derecha é izquierda, alumbrados con una luz misteriosa, los reberveros oscurecidos por el contraste, arrojaban en intervalos, regularmente repartidos por la perspectiva, su luz menos pura.

A la derecha la gran masa de los árboles de las Tullerías, oscura á la vista, á pesar de la espiga blanca que cada rama ell-

vaba á su parte superior se deslizaba hasta lo profundo del azul del cielo.

Era una hermosa noche en calma y triste.

El vizconde Enrique de Villiers apoyó la cabeza entre las dos manos.

Sus piés helados arrojaban su sangre al cerebro, su frente se encendía.

Observaba sin ver fijamente los grandes témpanos de hielo que se apresuraban impelidos por la corriente á pasar bajo el puente, é impedían el curso del rio. A veces seguía con la vista maquinalmente y á pesar suyo, hasta que se perdía el témpano en lo lejos del horizonte de la invisible rívera.

Quedó helado de cabeza á piés.

¡Oh! dijo, reponiéndose, y como si su orgullo le hiciese volver sobre sus pasos: he visto la muerte cara á cara.... he jugado con el peligro.... no se me puede acusar de cobarde.

Pero el calofrío se aumentó y sus quijadas crugieron.

Es fiebre, dijo, tengo fiebre y sufro!

En la prolongacion del muelle de Orsay todas las casas estaban oscuras, únicamente

te el hotel de Boistrudan, que se distinguía á lo lejos, conservaba sus luces encendidas.

Vislumbró el vizconde los sitios que brillaban á través de los grandes desnudos chopos de la orilla de la ribera—cambió entónces violentamente su mirada.

Pronunciaron sus lábios el nombre Elena.

—No tengo miedo.... repitió, pero la amo.... cuento solo treinta años.... á esta edad aun se ama.

—Y París todo lo sabía.... balbució.

Sollozó, sus dos codos se reclinaban en la nieve del parapeto, mientras sus manos heladas se apretaban con fuerza.

—Un gentil-hombre deshonorado, pensaba él, descendiendo mas que cualquier otro hombre.

Un grande ruido se escuchó por todas partes, compuesto de pequeños choques, que se sucedieron unos á otros; se hubiera dicho, que desde el Cours de la Reina hasta el Carrousel, todos los témpanos se rompían unos tras otro; el ruido venía de lo alto del rio y resonaba hasta en la antigua ciudad.

El ruido se estinguía.

Siguió á éste un profundo silencio.

Los tómpanos cesaron de romperse bajo los arcos del Puente Real.—El rio detenido se sosegó de un golpe; la flama de los reverberos que aun hacia una hora se distinguia vacilante en las aguas, se estinguió completamente.

El Sena perdió á la vez su movimiento, su eco y sus rayos.

En este momento el horripilante frio, encadena la vida del rio con algo que conmueve. El corazon no puede ver con indiferencia este inmenso letargo; muy poco puede ayudar los últimos instantes de la lucha entre el invierno y la corriente que va á buscar sin detenerse en el fondo del agua un calor nuevo; es siempre á la noche cuando la escarcha aumenta y siempre es en una de esas noches polares cuando el parisiense prefiere á todo su alcoba, ó estar cerca del fuego.

El vizconde permaneció un momento distraido de sus pensamientos.

—Hé ahí el gigante vencido, murmuró; la mano de Dios es fuerte!

—Así es el hombre, continuó; recordan-

do sus preocupaciones, la fortuna le sirve un momento; el curso de su vida es claro y fácil: este es el estado.... pero viene la hora en que cambie la situacion; el destino lo ha tomado entre sus inhumanas garras; combate en vano; su sangre se hiela y su pensamiento muere: hé ahí el invierno!

—Pero, se dijo á sí mismo, descubriendo su cabeza; si un rayo de sol nos ilumina mañana el rio reanimado romperá sus ligaduras. La primavera sucede al invierno.... El hombre tiene sus estaciones de dicha y desventura.... He ganado, desde que tengo uso de razon, partido muy difíciles.... No creo que haya llegado mi hora; y de vras deseo vencer á todos los monges ántes de reconocerme vencido.

—¡Veamos, veamos! Interrumpió; e tiempo urge; es preciso saber lo que quieren decir y lo quieran hacer, porque este hombre va á venir.

Se repuso un poco y dió algunos pasos, pero su cerebro vacilaba á pesar de los esfuerzos de su voluntad.

Es muy cierto que se parece á Elena, pensaba por una especie de terror, y creo

amarla, puede ser que sea á causa de ser la única muger que he visto estremecerse bajo mi vista.... Ella me ha tomado por su esposo..... Pero qué diferencia con Elena!.... Elena me amaba!....

—¡Me zumban los oídos! Se interrumpió de nuevo; y apoyándose del parapeto para no caer, quién me ha llamado ladron.... cobarde!....

Permaneció algunos instantes con la frente inclinada sobre su pecho.

Señor vizconde; dijo una voz cerca de él; héme aquí, estoy á vuestras órdenes.

Jorge Leslie, envuelto en su capa, estaba á su lado.

—Os esperaba; balbució Enrique.

Añadió despues sin saber qué hablar:

—La amo!.... está cierto que la amo!

—Y bien, señor vizconde, dijo Jorge con garbo, tanto mejor, pues que vá á ser vuestra muger: cuándo es el enlace, decidme si os place!

—Dadme el brazo y andemos, dijo Enrique en vez de contestar.

—Marchemos dijo Leslie, estas noches son á propósito para buscar aventuras....

se puede estar seguro de no ser interrumpido por los curiosos.

Pasó el brazo del vizconde bajo el suyo y lo sintió temblando.

Ah dijo él, vos habeis tenido por tanto, una fuerte presencia de ánimo en el hotel de Boistradan! si aun estais malo dejemos la entrevista para mañana tengo tiempo... queréis que os conduzca á vuestra casa?

El vizconde apresuró el paso y murmuró: tengo frío.

—Diez grados, replicó Jorge.... hacia mas frio aún el dia que nos encontramos al pié del Golden-Dagger.

Enrique se estremeció violentamente, y se detuvo.

—En este momento, pronunció con pena, un niño podria darme la muerte.... aprovechad vuestra oportunidad si sois el conde de Rosen.

Leslie soltó una risotada.

—Estaba seguro que tendríais esta idea, esclamó.

—Pues me decís, balbució el vizconde, que dos hemos encontrado al pié del Golden-Dagger!

—Yo llevaba un brazo de la camilla en que el conde Alberto estaba puesto.... miradme bien y me reconoceréis.

Pasaban entónces por el rebervero de gas que alumbraba solo y muy mal la plaza del Carrousse. El vizconde no habia llamado mucho la atencion al hablar de asesinato. Este sitio, solo y rodeado de centinelas, no era favorable para un duelo americano.

Jorge se quitó el sombrero, y dejó ver su rostro á la brillante luz del gas eléctrico.

Enrique lo vió con atencion.

Lo que veía que resaltaba mas que el fuego de su mirada, era su ancha frente y el cerco de sus párpados.

—Nada! murmuró: será posible que la herida ó la curacion no hayan dejado la menor señal?

—Siempre el conde de Rosen en vuestra imaginacion! dijo Leslie con una sonrisa de jocosa burla; vamos, querido señor, estáis en el mejor estado que podria yo desear! vengo del país del oro, pobre como Job... creo que la fortuna cambia, y que voy á hacerme rico esta noche.... me habeis visto bien?

—Sigamos, repuso Enrique; yo no os reconocia como uno de los que conducian la camilla, pero no sois el conde Alberto, estoy cierto.

—Si fuera yo el conde Alberto, preguntó con gracia Leslie, me rescataríais vos vuestra vida?

—Vamos á hablar de eso en seguida... Venid!

Lo llevó con direccion á la calle de Rohan.

Jorge sentia que se reaniba y que su paso era mas espedido.

—Estáis curado, querido señor, dijo él; Hacedme el favor de decirme á dónde me conducís.

—Teneis temor? preguntó el vizconde cuya voz habia tomado ya fuerza.

—En cuanto á eso, no!

—Desearías hacer fortuna, como decías hace poco.

—Verdaderamente que sí.

—Seguidme, no preguntéis mas.

Jorge Leslie, obedeciendo, guardó desde entónces silencio; siguieron por la calle de Richelieu, que estaba enteramente sola, calle de Laffitte, despues por la de Martyrs el;

vizconde llevaba un paso muy firme; cerca de la barrera de Martyrs, se detuvo y dejó el brazo de Leslie.

Hace tiempo no os hablo, porque reflexionaba; reflexionaba porque me encuentro á dos pasos de mi ruina ó mi salvacion.... Vos atisbais á mi bolsa, es claro.

—Es claro, repitió Leslie.

—Habeis dado el asalto rudamente.... pero habeis usado de moderacion, sin embargo.

—He hecho lo que me ha parecido hacer, respondió Leslie, para coger viva la polla de los huevos de oro. Si os hubiera matado, nada de rescate!.... He sentido que entráseis con gusto en mis miras, por el apoyo que prestásteis á mis palabras.... Sois de un espíritu escogido, señor vizconde! suponeos que la idea os hubiera venido de contradecirme, dejaria caer el nombre oculto á la ávida concurrencia de todos esos nobles personajes.

—Eso tiene valor, es evidente; interrumpió M. de Villiers: andemos!

Pasaron la barrera, torcieron á la dere-

cha, y comenzaron á subir la escalera que conduce al telégrafo.

Jorge Leslie no se tomaba la pena de preguntar á dónde lo llevaban.

Iba á grandes pasos como un verdadero montesino, y el vizconde necesitaba esforzarse para seguirlo.

Se decia á sí mismo el vizconde:

—Rosen no iria así delante de mí.... Rosen habria sentido mis pistolas bajo mi capote.... Este se entrega á la suerte, porque sabe que su vida no tiene precio para mí.

—Sobre la derecha, mandó él; cuando Jorge hubo llegado á la cumbre de Montmartre.

Jorge se detuvo y le escuchó; pasaron juntos detrás del telégrafo y salvaron la barrera que estaba llena de innumerables brechas que separan la calle de la Fontenelle de los grandes carros.

No hay un parisiense que no conozca este sendero árido lleno de fango y arenoso en las profundas grietas de su ruta; las cinco provincias del Norte lo perciben; con los molinos de viento del Otese y el telégrafo

se forma la fisonomía de Montmartre, y Montmartre es en sí mismo, por su posición dominante la fisonomía de Paris.

Este monte va sin cesar trasformándose y disminuyendo; cada año, algun derrumbamiento cambia el perfil de sus profundidades. Los bourgeois de Montmartre tienen alguna semejanza con la posición de los habitantes de Pompeyo; la víspera del día en que esta ciudad curiosa y elegante se fué á unir á Herculana á veinticinco piés debajo de la tierra.

Montmartre no tiene volcan.

La caída será insensible, y no dará mas resultado que cambiar la carta de nuestro distrito. Las casas de la parte del Norte de Montmartre están evidentemente destinadas á adornar algun día el plano de Saint-Denis, mientras que la colina del sur asaltando el muro del cercado y á pesar del rigor de los impuestos, se hará la parroquia de Nuestra Señora de Loreto.

El vizconde Enrique y Jorge, se pusieron á andar por la nieve que abundaba á lo largo del camino.

Se detuvieron despues de haber andado

cosa de doscientos piés desde el telégrafo.

El cielo estaba limpio, la tierra contribuía á la claridad, así que podían descubrir á su alrededor todo el paisaje. Paris, como siempre, cubierto de una nube de humo que la luz del gas aclaraba el interior y hacia enrojecerla.

Bajo este inmenso velo, Paris invisible estaba mudo.

El vizconde Enrique se descubrió para sacar el sudor que el viento del Nordeste congelaba en su frente.

El aliento de Jorge estaba igual y tan fácil como ántes de subir.

—Se está bien aquí, dijo.

—Muy bien replicó el vizconde llevando su mano izquierda por el revés de su capote.

Y sin embargo, continuó Jorge Leslie con su voz tranquila y burlesca, he ahí muchas casas tras nosotros, se puede hablar sin duda con toda seguridad, pero á condicion que nuestras pistolas no tomen parte.

—Nuestras pistolas, repitió el vizconde que dió un paso atrás.

—Teneis dos bajo vuestra capa, señor

vizconde, contestó Jorge, yo no tengo mas que una, pero vale como cuatro.

Al decir esto Jorge se descubrió bruscamente, y apareció armado de un revolver americano de cuatro tiros, cuyos cañones se dirigian casi á buen tiro sobre el pecho de su compañero de camino.

XIV

ESPLICACION.

—Bajad vuestra arma, os lo ruego, señor, dijo el vizconde, á quien el peligro inmediato parecia volverle su sangre fria, voy á retirar mi mano desarmada y á abrochar mi capa.

—Cuidad de hacer de antemano como decís, señor, respondió Jorge políticamente; que vea vuestra mano desarmada, y yo tendré el placer de volver á su puesto mi revolver.

Enrique de Villiers retiró su mano de prisa y abotonó su capa, Jorge volvió á su antiguo puesto la pistola.